

AGENDA CIUDADANA

SI ÉL LO DICE...

Lorenzo Meyer

Hipótesis. En los primeros días de marzo -cuando ya estaban disponibles los resultados de las encuestas de febrero que confirmaban al PRI en el tercer lugar de cara a la próxima elección presidencial-, el candidato de ese partido advirtió a sus correligionarios: “Si no ganamos la casa grande, olvidémonos del futuro de esta gran organización”. Aseguró que se podrían sacar adelante las candidaturas de algunos aspirantes a senadores y diputados, pero si no lograban recuperar el espacio presidencial que fue suyo por 71 años, entonces perderían “el gran proyecto nacional”.

Desde la perspectiva de Roberto Madrazo, su destino y el de su partido están unidos de manera indisoluble: si sus aspiraciones personales se hundieren, el PRI también. Y como los augures modernos –los encuestadores- ven en las cifras del candidato priísta signos de desastre, entonces es válido preguntarse ¿se acerca ya el final del partido de 77 años?

“A confesión de parte, relevo de prueba”. En efecto, fue la parte interesada la que hizo el vaticinio comentado. Además, dentro del PRI, Madrazo es la persona mejor informada sobre el proceso de evolución del antiguo partido de Estado. Ahora bien, este personaje no acostumbra decir la verdad y por principio hay que cuestionar sus afirmaciones. Sin embargo, en este caso hay elementos objetivos que hacen de lo afirmado por el candidato priísta sea una predicción a tomar en cuenta.

Cuando en un discurso posterior Madrazo afirmó que él sí conocía a los delincuentes y que éstos le conocían a él, sólo pretendía subrayar que en materia de

combate al crimen él no era un neófito y no se percató que la frase era equívoca, que podía dar a entender que mantenía un trato íntimo con delincuentes. Sin embargo, la afirmación donde dejó establecida una relación causal entre una segunda pérdida al hilo de la presidencia de la República y el fin del PRI, es distinta y es de fondo. Con ella el candidato comunicó exactamente lo que quería decir: si los priístas no cierran filas en torno a su candidatura, si persisten en su feroz lucha interna por las senadurías y diputaciones, entonces los días de ese partido estarán contados. La amenaza-grito de ayuda, fue hecha, básicamente, para el consumo de priístas y simpatizantes, pero resulta que por la naturaleza de la coyuntura –la lucha electoral– el auditorio atento fue mucho mayor, uno donde la posible desaparición de un partido identificado con el autoritarismo puede sonar como una promesa.

Obviamente, algunos priístas reaccionaron con incredulidad a lo dicho por su líder, como fue el caso de Enrique Jackson, quien calificó de locura suponer que la derrota de una persona, así sea el candidato presidencial, sería también el final del partido. Sin embargo, es posible que la posición de Madrazo, aunque interesada, sea más realista que la del senador.

La Peculiar Naturaleza del PRI. El grueso de los partidos, dentro o fuera de México, han tenido dos razones de ser o una mezcla de ambas. La primera, como instrumentos para disputar el control del sistema político. La segunda, como instrumentos de una causa, de un proyecto de largo plazo dentro del debate nacional. Ese fue el caso en el siglo XX, por ejemplo, de los Partido Nacional Antirreeleccionista, Partido Liberal, Partido Católico Nacional, Partido Comunista Mexicano, Partido Acción Nacional, Partido Revolucionario de Unificación Nacional, Unión Nacional Sinarquista, Federación de Partidos del Pueblo Mexicano, Partido

Mexicano de los Trabajadores, Partido de la Revolución Democrática y muchos más que pueblan las páginas de la historia política de México.

En contraste, el partido del candidato Madrazo nació hace 77 años con el mando en las manos. El PNR –primer nombre del PRI- no fue concebido para disputar el poder con sus adversarios –esa tarea la habían hecho antes sus creadores como parte de la facción carrancista, triunfadora en la dura lucha revolucionaria del segundo decenio del siglo XX- sino para administrarlo, retenerlo y, sobre todo, para disfrutar de los innegables beneficios derivados del ejercicio de una autoridad que no tenía que dar cuenta de sus actos a nadie fuera de sí misma. En realidad, el vivir como un partido que llevaba a cabo elecciones sin contenido, sin competencia, con resultados predeterminados, era la esencia no sólo del PRI y sus dos antecesores (PNR y PRM) sino del sistema autoritario mismo y del que ese partido era una de las piedras fundamentales (las otras eran el ejército, las organizaciones de masas y una presidencia con fuertes poderes extraconstitucionales e, incluso, anticonstitucionales).

El PRI, como sus dos antecesores, se dijo heredero de la ideología y del proyecto revolucionarios. Sin embargo, como muy bien lo dejaron asentado en su momento Jesús Silva Herzog y Daniel Cosío Villegas en sendos ensayos publicados en los 1940, lo revolucionario se le acabó a ese partido hace, por lo menos, sesenta años. Desde el gobierno de Miguel Alemán, sino es que antes, la ideología del organismo político fundado por Plutarco Elías Calles se diluyó hasta desaparecer. Es verdad que en el llamado partido oficial hubo en 1952 y 1988, dos traumáticos desprendimientos encabezados respectivamente por el general Miguel Henríquez Guzmán y por el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas, y que en ambos casos sí hubo motivos ideológicos, de principio, sobre todo en el último caso. Sin embargo, en las dos ocasiones el grueso

del PRM-PRI se quedó donde y como estaba, pues lo ideológico no era significativo para la mayoría. Es eso lo que explica los bandazos que el partido “de las mayorías” dio entre el “izquierdismo dentro de la constitución” de Adolfo López Mateos a la masacre de Tlatelolco de Gustavo Díaz Ordaz, del estatismo de Luis Echeverría y José López Portillo al neoliberalismo de Miguel de la Madrid-Carlos Salinas-Ernesto Zedillo, entre otros.

En la época clásica y posclásica del PRI, su ideología, valores políticos y el proyecto nacional, ya eran conceptos huecos, sin ningún contenido. Es por ello que en el partido cupieron todos, y no importaron las contradicciones entre los empresarios y los supuestos representantes del proletariado -los líderes sindicales y sus organizaciones de trabajadores- ni su convivencia al lado de la Confederación Nacional Campesina y sus ejidatarios. La verdad es que no había contradicción porque a todos los dirigentes y cuadros intermedios del PRI los unía un gran pegamento no ideológico: el disfrute, o posibilidad de disfrute, del poder en puestos burocráticos, sindicales, senadurías y diputaciones sin sustancia, alcaldías o gubernaturas que, en la medida en que mantuvieran el control en su área, podían hacer uso patrimonial del puesto. Al PRI se iba a dar obediencia incondicional hacia arriba y un uso en beneficio personal del mando hacia abajo, todo enmarcado por la seguridad que daba el control permanente del “privilegio de mandar”.

La Catástrofe. Con la pérdida del poder presidencial en el año 2000, ó la incertidumbre se hizo habitante permanente del PRI. Ese partido perdió no sólo la seguridad sino los recursos proveniente del Estado. La lucha por los votos se hizo real. La nueva situación dentro del viejo partido autoritario se hizo tolerable sólo en la medida en que se supuso pasajera. Hasta hace poco, la élite priísta pareció confiar en

que la cadena de errores del foxismo, combinada con el retorno de los duros y tradicionales a la dirección del partido, personificados por Roberto Madrazo y los suyos, permitiría el retorno a lo único valioso: al ejercicio directo del poder y sin tener que pasar por la transformación radical de principios y personajes. Sin embargo, hoy es claro que el PRI puede volver a perder, que en algunos estados se podrá refugiarse en la vida local, pero sólo parcialmente, pues el entorno nacional es ya una amenaza permanente.

Vivir como oposición seis años más, sabiendo que al final, en el lejano 2012 el electorado podría volver a decirle “no” a lo que quede del priísmo, es mucho pedir para un partido que hace tiempo sólo tiene intereses y no ideología. La idea de la espera puede ser soportable para priístas locales en estados donde la transición aún no concluye, como Oaxaca o donde el cambio se llevó a cabo con éxito, como Nuevo León, pero ha de ser terrible en Guerrero o Puebla y, sobre todo, en el Distrito Federal. Sin la seguridad de las prebendas, con una historia antidemocrática y de gran corrupción en las espaldas ¿qué sentido tiene mantener la lealtad a un personaje del pasado como es Roberto Madrazo? En fin, que sí es posible que el tabasqueño tenga razón, sin “Los Pinos” el PRI ya no tiene razón de ser.

RESUMEN: “¿qué sentido tiene para los priístas mantener la lealtad a un personaje del pasado como es Roberto Madrazo si ya no ofrece la seguridad de volver al poder?”